

De las relaciones de género e historia de mujeres: comentarios y perspectivas sobre dos categorías de análisis en la historiografía veracruzana

ROSA MARÍA SPINOSO ARCOCHA*

Prostituta, diosa, gran señora, amante, la mujer transmite o conserva, pero no crea, los valores y energías que le confían la naturaleza o la sociedad. En un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos. Pasiva, se convierte en diosa, amada, ser que encarna los elementos estables y antiguos del universo: la tierra, madre y virgen; activa, es siempre función, medio, canal. La feminidad nunca es un fin en sí mismo, como lo es la hombría.

OCTAVIO PAZ,
*El laberinto de la soledad*¹

ESTE FRAGMENTO DE *El laberinto de la soledad*, en el que Octavio Paz discurre sobre las representaciones² femeninas y la forma como los mexicanos conciben a las mujeres, es oportuno para ilustrar las siguientes reflexiones sobre el potencial de la historiografía y las fuentes locales cuando son interrogadas desde la perspectiva de género e historia de las mujeres, temas recurrentes en la historiografía contemporánea.

* Dirigir correspondencia a Ave. Aracely de Paula 2979, Araxá, Minas Gerais, Brasil, CEP. 38 183 200, tel. (34) 3662 1445, e-mail: rspinoso@hotmail.com.

¹ PAZ, 1997, p. 39.

² A pesar de ser un concepto polisémico ampliamente discutido, fue adoptado en el sentido de elaboraciones mentales a través de las cuales la colectividad establece una relación con el mundo físico, confiriéndole valor y significado. Mismo sentido que lo opone al concepto junguiano de *arquetipo* por su carácter anti-histórico y determinista, contrario a la idea de historia como proceso, pero usado frecuentemente por historiadores como sinónimo de modelo. Para Jung, el concepto de *archetypus* sólo se aplicaba "indirectamente a las 'représentations collectives', en la medida en que designan apenas aquellos contenidos psíquicos que aún no fueron sometidos a cualquier elaboración consciente [...]" En ese sentido, el arquetipo difiere sensiblemente "de la fórmula históricamente construida". JUNG, 2000, p. 17. *Cfr.* también CHARTIER, 1999, p. 96.

Con su sensibilidad de erudito y hombre de letras, Paz percibió el enorme peso de la figura femenina en el imaginario mexicano y la pasividad con la que se ha intentado cercarlas a lo largo de la historia, justificando la envidia que Freud decía sentir de los novelistas y poetas por su rápida y casi instintiva aprehensión de los procesos psicológicos ocultos. Todo eso, aunado al hecho de que ni novelistas ni poetas son ajenos a la investigación histórica.³

Si bien es verdad que en un recorrido por la diversidad temática de la historiografía veracruzana se podría verificar un cierto silencio en relación con las mujeres en tanto sujetos históricos y agentes activos en la construcción del moderno Estado mexicano, esto se debe a los lineamientos teóricos adoptados y seguidos por una producción que optó por lo político y económico como aspectos preferenciales y referenciales sobre los cuales centrar la tarea de reconstrucción histórica. Mismos aspectos que, tradicionalmente, llevaron implícita una supuesta ausencia de mujeres en esos campos, considerados en el pasado y socialmente como reductos masculinos por excelencia. Sin embargo, y como se podrá ver, también es cierto que tanto la historiografía como las fuentes locales, cuando son interrogadas desde las perspectivas mencionadas, aportan resultados bastante animadores, tal y como se intenta mostrar en los cuatro apartados en que se estructura este artículo. En ellos se discuten algunas de las generalidades recurrentes sobre las cuestiones de género y mujeres, los discursos que han fundamentado las construcciones sociales al respecto, y las posibilidades temáticas y metodológicas que se desprenden de la historiografía y de las fuentes locales.

GÉNERO Y MUJERES EN LA HISTORIA CULTURAL

La entrada en escena de la Nueva Historia y con ella de la historia cultural, heredera o, como quieren algunos, “refugio” de las mentalidades,⁴ bajo la tutela de la Escuela de los Annales francesa, permitió a los histo-

³ Cf. GAY, 1999, p. 172.

⁴ VAINFAS, 1997, pp. 127-165.

riadores e historiadoras occidentales ensanchar sus perspectivas y abrir caminos con temáticas antes impensadas, o relegadas a la categoría de “cosméticos y perfumería” por los más tradicionalistas. Son los ya conocidos “nuevos problemas”, “nuevos objetos” y “nuevos enfoques” de la Nueva Historia, que dan título a una de las obras clásicas de la historiografía contemporánea.

Relacionados con los aspectos sociales y culturales que, se quiera o no, son componentes intrínsecos de los fenómenos históricos, ya sean de naturaleza política o económica siempre privilegiados por la historiografía, temas relativamente inexplorados como familia, cotidiano, historia de mujeres y relaciones de género, entre otros, se vienen imponiendo en trabajos de investigación histórica derivados del diálogo interdisciplinario establecido con la antropología, la sociología, la lingüística, la literatura, la psicología, y que se auxilian con las herramientas proporcionadas por fuentes también inusuales como las literarias, orales, iconográficas, musicales, las cuales, empleadas de forma adecuada y pertinente, amplían o complementan lo que los estudios políticos, económicos o demográficos, basados únicamente en la documentación oficial, por ejemplo, no siempre esclarecen por sí solos.

Estamos hablando de los procesos históricos analizados desde una perspectiva cultural y de los fenómenos y prácticas culturales estudiados desde una perspectiva histórica, con base en una interdisciplinariedad que ha llevado a la aprehensión y construcción del conocimiento histórico considerando a los hombres y mujeres en su totalidad: sujetos históricos en sus más amplias relaciones, concepciones y dimensiones, y a la historia como un proceso dinámico y dialéctico en el cual intervienen unos y otros no sólo en circunstancias y actitudes extraordinarias, individuales o colectivas, sino también en situaciones ordinarias, domésticas y cotidianas, de acuerdo con una visión más completa de la vida y de sus actores.

De esa forma, estudios sistemáticos y meticulosos específicos sobre las mujeres, y en especial las veracruzanas —entre las que, evidentemente, se incluyen nuestras paisanas xalapeñas—, así como los innumerables intersticios a través de los cuales dejaron la marca de su presencia —o de su ausencia— en los papeles sociales a ellas atribuidos; las imágenes y representaciones construidas al respecto; sus estrategias de supervivencia y

resistencia, al lado de las categorías de género y familia, se justificarían “[...] como herramienta imprescindible, teórica y metodológica, para una comprensión más global, coherente y articulada [...]” de los procesos históricos que dieron lugar al actual Estado mexicano, y “como parte consubstancial de la organización económica, social y política, así como del conjunto de los valores y de las representaciones colectivas”.⁵

En varios sentidos, estaríamos hablando también de una “micro-historia”, de una “historia desde abajo”, o de la historia de parcelas “de las sociedades sin historia”, términos y expresiones usados para denominar, más que nuevos campos temáticos, propuestas teóricas y metodológicas relacionadas con las nuevas formas del quehacer histórico. Diferentes ángulos o perspectivas desde los cuales le es dado al historiador de hoy analizar los fenómenos históricos, permitiendo vislumbrar la historia de las minorías, los silenciados, excluidos y olvidados, entre ellos las mujeres.⁶

MUJER O MUJERES: CUESTIONES DE GÉNERO, NÚMERO Y GRADO

En términos generales, y para las mujeres, la gran revolución en la historia tiene su marco en la década de 1960, cuando tienen lugar los movimientos feministas por mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Al mismo tiempo, y al lado del aspecto militante, las historiadoras iniciaron sus planteamientos teóricos con la idea de que no sólo las experiencias de las mujeres eran dignas de atención, sino que su perspectiva era perfectamente apropiada para observar el mundo con seriedad. Esas primeras tentativas comenzaron con la doble tarea de, primero, neutralizar los viejos paradigmas en relación con las mujeres, y, después, comenzar la construcción de los nuevos a través de los cuales deberían ser estudiadas. Dicho de otra forma, “antes de generar sus propios datos e ideas había que negar primero las teorías y prácticas, ideologías e instrumentos dominantes”.⁷

⁵ GONZÁLEZ PORTILLA y LUENGO TEXIDOR, 2002-2003.

⁶ Dos de los más conocidos representantes actuales de la microhistoria son el historiador italiano Carlo Ginzburg y la historiadora Natalie Z. Davies. A ese respecto véase, por ejemplo, sus obras clásicas *El queso y los gusanos* y *La microhistoria y otros ensayos*, del primero, y *El retorno de Martín Guerre*, de la segunda.

⁷ STIMPSON, 1998, p. 130.

Sin embargo, por una cuestión de justicia, no se puede omitir que Michelet, ya en el siglo XIX, dedicó a las mujeres dos de sus obras: *La Mujer*,⁸ en la que de acuerdo con el pensamiento dominante de su época aún ubicaba al sexo femenino dentro de las esferas exclusivas de lo privado, y *La Hechicera*, cuyo subtítulo *500 años de transformaciones en la figura de la mujer* resume su contenido.⁹

A finales de la década de 1940, la filósofa francesa Simone de Beauvoir decía que la mujer no nace mujer, deviene mujer, resumiendo en la celebre frase el complejo proceso de construcción y reconstrucción de las personas del sexo femenino a lo largo de la historia. Proceso cuyo espíritu determinaría su papel social y su comportamiento en el mundo. La obra de Beauvoir fue uno de los textos fundadores del movimiento feminista surgido en el seno de los movimientos en pro de los derechos civiles. Para entonces, uno de los primeros objetivos que se planteaba el feminismo era el de aprehender el pasado legítimo de las mujeres, introduciéndolas definitivamente en la historia.

Pero también eran tiempos en los que aún se concebía y se conjugaba a la mujer en lo singular, como abstracción y “categoría” de análisis única y homogénea, situación que fue cambiando a medida que avanzaban los estudios y se descubría a las mujeres en su amplia totalidad y dimensión. Estaba claro que no existía “la mujer”, y sí “las mujeres”. Al final, Marc Bloch ya había propuesto que no se hablara del “hombre” en singular, y sí de “los hombres”, con toda la pluralidad que eso implicaba; “más que el singular, favorable a la abstracción”, decía él, a la historia, como una “ciencia de lo diverso”, le sería más conveniente usar el plural “que es el modo gramatical de la relatividad”:

Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de la máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres.¹⁰

⁸ MICHELET, 1995.

⁹ MICHELET, 1992.

¹⁰ BLOCH, 1965, p. 25.

De esa forma, igual que el francés, historiadores y feministas occidentales también se propusieron pensar a las mujeres en su compleja relatividad y amplia pluralidad, considerando sus diversidades étnicas, sexuales y socioculturales.

En cuanto al género, éste fue el término con el que se denominó una categoría de análisis que se proponía discutir las diferencias y distinciones basadas en el sexo. Los primeros teóricos del asunto partían de la idea de que los “roles” de género tenían una base biológica, discutiendo, inclusive, la pertinencia de ese término para la mejor denominación de ese fenómeno. Con el paso del tiempo surgieron diferentes líneas de investigación académica que dejaron de manifiesto su complejidad como fenómeno sociocultural.¹¹

Y aquí debemos señalar la manutención de los términos *género* e *historia de mujeres*, no obstante la aparente dicotomía establecida por la connotación neutral y sin compromiso del primero y la militancia política que comúnmente se asocia a la segunda. Según Joan Scott, en principio, la adopción del término “género” habría sido una cuestión estratégica, usado en lugar de “mujeres” en función de su supuesta objetividad para subrayar la seriedad académica de los estudios y por ajustarse mejor a la terminología de las ciencias sociales, lo que le conferiría mayor legitimidad científica.

Desde entonces, y desde el punto de vista histórico, las feministas han planteado diferentes caminos para los estudios de género y mujeres, ya sean las que se apoyan en el materialismo dialéctico, en el origen biológico del patriarcado o en las teorías psicoanalíticas, sin embargo, al analizarlos es posible percibir que su fragilidad común ha sido el no haber podido eludir un determinismo biológico “ingenuo”, una permanencia atemporal, o los enfoques reduccionistas que presentan a las diferencias basadas en el sexo y la polaridad hombre-mujer como productos del consenso y no del conflicto, contradiciendo su “historicidad” en tanto construcciones sociales y resultado de un largo proceso histórico. Algunas militantes aún advierten que ninguno de esos caminos va más allá de la teoría para enfrentar las formas prácticas de esas diferencias.¹²

¹¹ Cf. SCOTT, 1999, pp. 37-75. Véase también CONWAY, BOURQUE y SCOTT, 1998, pp. 167-178.

¹² Cf. SCOTT, 1999, pp. 44-48.

Al lado de Scott, los historiadores de la cultura en general han procurado encarar el problema del estudio de esas diferencias con una síntesis de las propuestas anteriores, aunadas a las ideas de movimiento, transformación, y conflicto, inherentes a la concepción de la historia como proceso. En su propuesta, género y distinción sexual son instrumentos analíticos tanto como lo son las distinciones de clase social o raza y las diferencias sexuales, construcciones sociales producto de un largo proceso histórico en el que intervienen una combinación de todos esos aspectos que, anteriormente, venían siendo considerados por separado. Para ellos, hombres y mujeres son producto de un proceso de aculturación que resultó en los papeles que tradicionalmente se les han adjudicado apoyados en un supuesto determinismo biológico. En ese sentido, la historia de género debe entenderse como la *historicidad de la diferencia sexual*, o mejor aún, la historia de la construcción social a través de los discursos y de las prácticas.¹³

Probablemente uno de los ejemplos más socorridos de esas construcciones sociales deterministas y de bases biológicas sea la maternidad y la vieja idea de que “la mujer nació para ser madre”. Una idea que parece ignorar el hecho de que si bien la anatomía femenina está dotada biológicamente de un aparato reproductor que la habilita para generar vida, en esa tarea los hombres no han permanecido precisamente exentos. Sin embargo, difícilmente se dice que los hombres “nacieron” para ser padres o que su realización suprema sea la paternidad. Un sentido común de base “cienticista” defendía que, al contrario de la mujer, “al hombre le destina la naturaleza y solo a él, los sudores de la fatiga, los actos del poder y de la enérgica voluntad [...] el brillo y la ambición de la gloria, los combates, las revoluciones y los grandes destinos”.¹⁴

En tal sentido y culturalmente, en Occidente la paternidad y la capacidad reproductiva de los hombres parecen haber tenido siempre una connotación “funcional” más explícita y menos camuflada por supuestas y elevadas motivaciones morales. Era una de las formas de asegurar los patrimonios, la perpetuidad de los apellidos y los títulos familiares. En su

¹³ Cf. PRIORE, 1998. En México, ESCANDÓN, 1999.

¹⁴ GALVÁN, 1841, p. 73.

papel de proveedor, la realización personal de un hombre, en todo caso, no sería consecuencia de la paternidad en sí, sino de la certeza de poder garantizar la propiedad familiar y la supervivencia del linaje, mismo motivo que por cierto también inspiró la idea medieval de la virginidad, vendida a la sociedad y cobrada a las mujeres por medio de un discurso que aún hoy reviste la pureza con ropajes de naturaleza moral y religiosa.

Sin embargo, y en sentido contrario, esa misma connotación funcional también incidió sobre las mujeres de forma explícita al ser responsabilizadas y/o culpadas por la incapacidad procreadora de una pareja. “Culpa” que, en esos casos, justificaba el que pudiesen ser rechazadas o canjeadas por otras mejor dotadas por Dios, en nombre de un interés patrimonial con todas sus implicaciones.

Pero volviendo a lo anterior, actualmente el concepto de género rechaza el carácter fijo y permanente de la antigua oposición binaria masculino *versus* femenino que inspiraba a los movimientos feministas en su inicio. Su centro de interés no se asienta en los hombres o en las mujeres como sujetos históricos, sino en el aspecto relacional de ambos y en la idea de que es imposible comprender los estudios de cualquiera de ellos por separado.

En ese sentido, el género propone una “deconstrucción”, revertiendo y dislocando ese tipo de *construcciones jerárquicas* en lugar de aceptarlas como obvias y naturales.¹⁵ Principalmente, propone también una revisión de conceptos que implique la busca de nuevos paradigmas para la discusión de las formas de opresión a que siempre condujeron las diferencias basadas en el sexo. Desde el punto de vista histórico, tanto las relaciones de género como las mujeres, aunque frecuentemente fundidas o confundidas, se encuentran consolidadas como sendas categorías de análisis, siendo capaces de aportar no sólo nuevos temas, sino una *reconsideración crítica de las premisas y normas de producción académica*.

Actualmente la historia ha incorporado a las mujeres sin posibilidad de ignorarlas, ya sea como objetos de estudio e investigación o como sujetos

¹⁵ La propuesta metodológica de Jacques Derrida, cuyos principios son expuestos en su obra *Sobre a Desconstrução*, ha sido una de las adquisiciones más bien acogidas por los historiadores de la cultura. Véase también SCOTT, 1999, p. 39.

actuantes y pensantes. Como ángeles o demonios; brujas, hadas y madriñas; Evas o Marías, ellas están en todos los tiempos, lugares y circunstancias. Como *musas*, *madonas* o *seductoras* conforman las tres categorías de imágenes a través de las cuales lo femenino ha sido representado en todos los registros de la cultura y de la imaginación popular occidental. Imágenes que reflejan no sólo patrones estéticos de perfección, imperfección o belleza, sino también de conducta.

Como musas, las mujeres han sido figuras alegóricas, materialización de una idea, sin tratarse de personas específicas. Como madonas y seductoras representarían la dialéctica a través de la cual la sociedad organizó la feminidad; las dos caras de la mujer, representando los dos polos opuestos del mundo: uno normal, ordenado, tranquilizador y el otro desviado, peligroso y seductor, correspondiendo al primero el modelo de mujer hecha para la vida familiar, y al segundo el de la mujer profesional, activista y prostituta, definitivamente: la transgresora.¹⁶

Para efectos institucionales y de control social, religioso o nacionalista, en México esas dos caras han sido representadas simbólicamente por la Virgen de Guadalupe y la Malinche, sintetizadas popularmente en la figura de la Llorona, símbolo de la dualidad femenina en sus dos ejes básicos: la maternidad y la seducción; la norma y la transgresión.

En el continente americano tal discurso androcéntrico fue difundido principalmente por la Iglesia, mantenedora de un monopolio ideológico que incidía en todos los reductos y rincones de la cultura, desde la considerada erudita hasta la popular, y que encontró durante la Colonia el momento propicio y un campo fértil para la “normatización” femenina. Aun desde los lejanos púlpitos brasileños resonaba el eco de las invectivas del padre Vieira que alertaba: “Considerad los perjuicios que en el mundo han provocado el pecado y la deshonestidad y encontraréis que las mujeres fueron el origen”.¹⁷

Y no eran esas opiniones proferidas por algún fanático cualquiera; Antonio Vieira era figura destacada y —aún hoy— “cultuada” por la elite

¹⁶ Cf. HIGONNET, 1991, pp. 297-349.

¹⁷ Cit. por PRIORE, 1995.

intelectual religiosa. Con sus sentencias orientaba (o ¿desorientaba?) la vida de las personas y, sin saberlo, acabó interfiriendo en la vida y carrera literaria de Sor Juana Inés de la Cruz, la más grande intelectual y poeta femenina novohispana.¹⁸ En la Nueva España, esa misoginia era tema constante entre los evangelizadores que la manifestaban elocuentemente en sus crónicas, por las que Báez-Jorge hace un recorrido en su reciente obra sobre el Diablo y sus “disfraces”.¹⁹

Pero no se piense que el mundo precolombino estuvo exento de estrategias deliberadas y formas de control sobre las mujeres, el mismo autor ofrece pistas al hablar sobre las representaciones sagradas femeninas en Mesoamérica que daban cuenta de la ubicación de la mujer “como ambivalente depósito de energía sobrenatural, expresión de su condición social subordinada [...]”,²⁰ en el seno de sociedades rígidas e institucionalmente jerarquizadas.

Sin embargo, y regresando al periodo colonial, como ya dijimos, aquel no era un discurso vacío o carente de fundamento; era absolutamente legítimo, apoyado en una religión institucional y de Estado, que tenía como uno de sus portavoces más diligentes al arzobispo de México Aguiar y Seixas. Sancionado por el Concilio de Trento, tal discurso organizó y reglamentó las funciones del cuerpo, los hábitos y la conducta individual y colectiva. Durante la Colonia, “la principal línea de acción de la Iglesia se centraba en la aplicación más exacta posible de las decisiones tomadas en el concilio tridentino y en la transferencia de su espíritu para la vida cotidiana del urbe católico”;²¹ línea de acción comprometida con el amplio proyecto de colonización y cristianización, que en relación a las mujeres preveía su adiestramiento como parte del proceso civilizador, limitando su campo de actuación al universo exclusivamente privado y familiar.

¹⁸ Vieira fue autor de los *Sermones*, uno de los cuales fue contestado por la monja mexicana en su famosa *Carta Atenagórica*, provocando el disgusto de Aguiar y Seixas, entonces obispo de Michoacán y después arzobispo de México. Gran amigo de Vieira, a quien tenía una gran admiración, Seixas exigió y obtuvo de ella su renuncia a las letras. Cfr. PAZ, 1982. Véase también MURIEL, 1982.

¹⁹ BAEZ-JORGE, 2003.

²⁰ BAEZ-JORGE, 1992, p 151.

²¹ PRIORE, 1995, pp. 33-35.

De esa forma, y bajo los auspicios de la Santa Madre Iglesia, el matrimonio y la maternidad fueron instrumentos eficientes para la domesticación femenina que apuntaban a la sexualidad como blanco principal. Los primeros, como prácticamente las únicas formas de “realización” para las mujeres que, salvo excepciones —no siempre confirmadas—, representadas por aquéllas recluidas voluntaria o involuntariamente en los conventos, no deberían aspirar a otra cosa que no fuese casarse y tener hijos. La sexualidad, como el campo preferencial donde actuarían esos mecanismos de control.

El pensamiento colonial desarrollado con el apoyo de ese discurso reglamentó la sexualidad y reforzó la idea de que sólo el matrimonio proporcionaba a las mujeres el estado perfecto y la forma de alcanzar el paraíso. La maternidad era una verdadera “misión sagrada”, ser madre era “sufrir en el paraíso”, y la casa el propio paraíso; el universo femenino por excelencia donde las mujeres eran las “reinas del hogar”. Para los “ideólogos” de la educación femenina en el siglo XIX, ya desde “la primera edad de la mujer, parece que la naturaleza trata de enseñarles, antes que a raciocinar el alto y sagrado destino de la maternidad [...]”²²

Tal discurso era reforzado por el saber científico que a través de la medicina trazó toda una “cartografía de la mujer”, “mapeándola” principalmente en su condición de madre, de hecho y de derecho, con todo el pudor exigido por la Iglesia pero también con toda la incomodidad y desconcierto que producían los misterios de la naturaleza femenina, según se puede percibir en la literatura médica.²³

Científicamente, y como objetos de estudio, las funciones femeninas inherentes a los atributos de la mujer como generadora de vida frecuentemente eran descritos y analizados comparativamente con las funciones similares desempeñadas por otras especies animales. De forma inequívoca el cuerpo, la naturaleza y las funciones femeninas eran considerados campos de estudio en tanto responsables de la supervivencia e integridad de la especie humana:

²² RIVERA, 1899, p. 22

²³ PRIORE, 1995, pp. 206-207.

La leche de las mugeres, y de las hembras de animales adquiere cualidades diferentes según los alimentos de que se sustenta [...] La de la muger, la de la yegua y de la burra tienen menos consistencia que la de la cabra [...] La leche de las mugeres guarda siempre relación con su temperamento [...] dichosos los hijos de mugeres sanas, observantes de un regimen de vida adecuado [...] Los niños salen según la constitución de sus madres [...] ²⁴

La sexualidad, en términos generales, mas que analizada era evaluada moralmente, y colocada al lado del afecto era controlada dentro de una perspectiva dialéctica que colocaba a Dios y al Diablo como referenciales básicos y centrales alrededor de los cuales giraba la vida, reduciendo la existencia humana y la sexualidad a una lucha incesante entre el bien y el mal, y a la (in)capacidad de resistir o ceder ante el placer y el pecado.

La sexualidad regulada era el medio de atender a la necesidad de procreación y perpetuación de la especie, como obra que era de la voluntad divina, pero la sexualidad no regulada y el placer pertenecían a los dominios del Diablo. Se nacía y moría por voluntad de Dios, pero se gozaba por acción y tentación del Demonio. La carne y sus placeres eran medio camino andado rumbo al infierno, y las mujeres, evidentemente, las más tentadas a sucumbir a su llamado, de ahí la proliferación de brujas y hechiceras que alimentaron el fuego de las hogueras inquisitoriales, y que llevaron a Michelet a inquirir: “¿De qué tiempo son las hechiceras?”, respondiendo sin excitar: “Del tiempo de la desesperanza. De la desesperanza profunda generada por el mundo de la Iglesia. Digo sin excitar: La hechicera es su crimen”. ²⁵

Llegada la Independencia y bajo una República laica —inspirada en los principios liberales que orientarían el proceso de construcción de la nación mexicana—, el modelo de mujer trazado por la Iglesia durante la Colonia, representado simbólicamente por la Virgen de Guadalupe, siguió siendo válido y funcionando como el pilar sobre el cual descansaba la preservación de la moral y la familia, así como la responsabilidad por la formación de los futuros ciudadanos.

²⁴ “Educación maternal”, *Revista Científica Literaria de México*, 1846, pp. 424-426.

²⁵ MICHELET, 1992, p. 33.

Sin embargo, como la evangelización de los indios, la “domesticación” femenina tampoco fue perfecta ni rindió siempre los resultados esperados. A lo largo de la historia las mujeres siempre encontraron los medios de burlar las interdicciones que se les imponían, hurgando o criando hendiduras en la fortaleza social construida para mantenerlas bajo un control basado en los discursos científicos, sociales y jurídicos. A través de tales hendiduras, de forma ostensiva o disimulada, las mujeres impusieron su presencia o señalaron su ausencia, manifestando su resistencia a las normas y formas de control públicas o privadas, y consiguiendo, de una forma u otra, manifestar su inconformidad.

LA HISTORIOGRAFÍA Y LAS FUENTES LOCALES

Después de las anteriores consideraciones, y desde un enfoque local, no dejaría de ser tentador revisar la presencia de las mujeres en la historia, a través de las fuentes documentales o de la historiografía, inclusive en obras que no las tienen como objetos centrales de estudio. A título de ejemplos y tomando como base *Xalapa*, biografía política de la ciudad y una de las obras clásicas de la historiografía local contemporánea,²⁶ es posible constatar en sus páginas la presencia, o mejor, la omnipresencia de las mujeres en la selección iconográfica que las ilustra. Ya sea como anónimos bultos enrebozados, formas casi uniformes, integradas (¿o desintegradas?) en el paisaje rural y en el escenario urbano, cotidiano y popular; o bien como “adornos”, identificadas —o no— por sus nombres y apellidos de familia, o como promotoras y participantes en los eventos sociales de la elite; allí están ellas, las mujeres, siempre e inevitables, como “coladas” o de contrabando en un mundo construido por y para personajes masculinos.

La mención en esa misma obra a la “persecución y destierro de Teresa Medina, decidida partidaria” del movimiento insurgente,²⁷ sugiere otro camino, esta vez para seguir la pista de las mujeres en ese periodo de la historia.

²⁶ BLAZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1992.

²⁷ BLAZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1992, p. 30.

En toda América Latina, la participación de las mujeres como mensajeras, contactos y espías son ejemplos de que su aparente inmovilidad ha sido más producto de la historiografía que de los propios hechos. Cuando fue necesario, las mujeres transformaron las mismas labores y atribuciones femeninas en estrategias de resistencia y lucha. Supuestamente inofensivas, como humildes costureras o lavanderas, por ejemplo, circulaban por la ciudad prestando servicios en las residencias de los notables, desde donde podían observar, escuchar e informar.²⁸ Uno de los ejemplos más socorridos es el de Josefa Ortiz de Domínguez, quien en su condición de esposa del corregidor pudo anticipar a los conspiradores las medidas que se tomarían contra ellos. Pero también puede ser ilustrado en la historiografía veracruzana por un episodio mencionado en la obra *José María Coss: ideólogo de la insurgencia mexicana*, análisis de la vida y obra del representante de Veracruz en el Congreso de Añáhuac. Al referirse a la creación del periódico *El Despertador de América*, importante vehículo de difusión de los ideales insurgentes, la autora informa sobre la decisiva participación de las esposas de algunos “Guadalupanos”, organización secreta partidaria de la Independencia, para hacer llegar a su destino las piezas de la imprenta en que se imprimiría el periódico, “instrumento de rebeldía [...] tan eficaz como la pólvora y los cañones”.²⁹ Para burlar la estrecha vigilancia de los oficiales realistas, las señoras simulaban estarse dirigiendo a una “jamaica”,³⁰ escondiendo las piezas en los huacales de frutas, y “[...] con afable naturalidad aún los invitaron galantemente a que los acompañaran, ellos nada sospecharon, dieron las gracias y permitieron que el coche siguiese adelante sin ser registrado[...].”³¹

²⁸ Véase, por ejemplo, ARROM, 1988, pp. 49-61.

²⁹ JIMÉNEZ GASSOS, 1999, p. 126.

³⁰ Según el fraile capuchino Francisco de Ajofrín, una de las distracciones preferidas de las señoras y señores de la ciudad de México, en la época en que registró sus memorias, eran los paseos por las chinampas en Ixtacalco y la Jamaica, “dos sitios distantes de la ciudad de México como dos leguas [...] donde llegaban con grandes músicas y algazara de regocijo y fiestas” en canoas adornadas con arcos de flores. POBLETT MIRANDA, 1992, t. II, p. 44. Posiblemente en la época en que se dio el episodio arriba mencionado, “jamaica” ya se había transformado en sinónimo de paseo o día de campo. Otra posibilidad es que el autor así lo haya entendido cuando hizo el registro.

³¹ JIMÉNEZ GASSOS, 1999, p.126.

Aun así, cuando no fue posible ignorarlas, la historiografía tradicional en general presentó la participación femenina en los conflictos políticos no como producto de convicciones personales u opiniones formadas, sino como ejemplos de lealtad, fidelidad conyugal, amor materno o pasión incontrolable. Prevalecía la idea de que las mujeres eran movidas por la pasión y no por la razón, y que solamente el amor y deseo de protección a los hijos, la lealtad al marido o la pasión de amantes habría podido empujarlas hacia la lucha o la participación política. “Comunes son las pasiones á entre ambos sexos, pero las mujeres son más susceptibles á ellas y las tienen mas vivas que los hombres, por un efecto de la naturaleza que les es natural.”³²

Otro ejemplo de las posibilidades que derivan de la historiografía local, analizada desde las perspectivas de género y mujeres, es el estudio sobre el proyecto educativo femenino de la Real Sociedad Bascongada de amigos del País, propuesto al Congreso republicano instalado en Xalapa en mayo de 1824.³³ En las palabras del autor, y pese a la inclusión de las mujeres en los planos educativos institucionales, ellas eran colocadas “dentro de un marco de la decencia y el recato, que proviene de la concepción masculina de la historia, aquella que establece los cotos y tabúes de lo que se puede o no emprender, de lo que puede o no cuestionar”.³⁴

Analizando la retórica discursiva del pasaje mencionado por el autor, es posible verificar a la mujer como un objeto “susceptible a la educación”, que se ofrecía como una dádiva para las “agraciadas”, siempre y cuando fueran “niñas decentes”, aunque se tratara de indigentes. Todo el proyecto educativo femenino estaba basado en la “verdad inconcusa” de la igualdad de las mujeres en relación con los hombres, con la cual se iniciaban los argumentos tendientes a convencer a la sociedad y a la familia de los beneficios que sobrevendrían para todos si ellas fuesen incluidas en los planes educativos. Llama la atención el artículo VI, “Escrutinio a los padres”, en el que se les inquiere sobre las ventajas de

³² *Revista Científica Literaria de México*, 1846, p. 425.

³³ JUÁREZ MARTÍNEZ, 1995, pp. 29-46.

³⁴ JUÁREZ MARTÍNEZ, 1995, p. 39.

tener compañeras o hijas capaces de desempeñar las funciones de los jefes de la casa en su ausencia o enfermedades, y si las mujeres educadas no “mirarían [...] los intereses de su casa con más atención”, evitando que cayesen en manos de extraños o bajo el control de sujetos con intenciones criminales.³⁵

En el afán de presentar a la educación como la panacea que solucionaría los males de la sociedad en la que se situaban las mujeres, éstas eran vistas no como sujetos sino como objetos incapaces de administrar su vida, destinos y hogares, sin el auxilio de los hombres públicos que, a través de una legislación educacional, les irían proporcionando los medios necesarios para desempeñar las funciones que les eran propias. Sin embargo, al establecer el horario de los cursos en el periodo nocturno, ciertamente para no perjudicar las labores y obligaciones que durante el día ellas ya desempeñaban, se asumía que las mujeres, aun sin educación, eran capaces de realizar trabajos y actividades productivos, como de hecho siempre había sido. Aun sin educación o escuela o sin la tutela masculina, cuando fue necesario, las mujeres siempre fueron capaces de conducir sus vidas, familias y negocios. En ese sentido, la idea de que las mujeres, sea en el periodo que fuere, no fueron copartícipes ni disfrutaron de vida social, económica ni política, es engañosa. Todas esas estrategias religiosas, ideológicas y jurídicas para mantenerlas bajo control la desmienten.

La literatura representa una vía de acceso bastante importante para analizar los discursos y la forma como las mujeres han sido retratadas por novelistas y poetas, así como por los autores anónimos en los cancioneros y leyendas populares que reflejan la mentalidad dominante en los diferentes estratos sociales. Un capítulo aparte lo constituye la literatura de viaje, es decir, los registros, impresiones y relatos de viajeros, nacionales y extranjeros, que, tomados de sorpresa por la novedad, muchas veces se entretuvieron en descripciones minuciosas del paisaje, de las gentes y de sus experiencias en las diferentes localidades por las que pasaron. Aun cuando sus observaciones solían estar cargadas de juicios valorativos,

³⁵ JUÁREZ MARTÍNEZ, 1995, pp. 40-44.

algunos de ellos escribían para ser leídos por el público, por lo cual intentaron parecer objetivos o simpáticos. Para efectos historiográficos, la literatura epistolar puede ser aún más productiva ya que permite conocer en la intimidad las opiniones y observaciones personales sin las limitaciones que imponían la diplomacia o la cortesía que se debía ostentar en público. En conjunto, esos viajeros “eran personajes políticos de renombre, otros estudiosos e intelectuales, algunos más periodistas y los había también antiguos prisioneros de guerra y sólo visitantes”.³⁶

Una opinión casi unánime entre los viajeros es la que se refiere a la belleza de las mujeres jalapeñas, quienes, según aquéllos, poseían “[...] refinados modales y talentos, más genuina educación, mayor virtud y belleza que en cualquier otra ciudad de la República [...]”³⁷ Algo que debe que tomarse con precaución antes de endosarse. Sería interesante, por ejemplo, saber qué mujeres eran ésas o la posición socioeconómica que tenían y el lugar donde se hospedaban los que así se manifestaban, para ver si no estarían éstos expresando gratitud por haber sido recibidos —lo que no era raro— en alguna residencia particular, utilizando formulas de cortesía que acabaron transformadas en “verdades” a fuerza de repetirse. Por otro lado, también habría que considerar la relación entre las constantes alusiones que hicieron los viajeros a las precarias condiciones de los hoteles y establecimientos en que se hospedaban en el puerto Veracruz, o la condición socioeconómica del que describió a las veracruzanas del siglo XIX como:

Muy recónditas, pocas veces se ven en la calle, algunas en las noches de luna, y no muchas en la alameda a donde van de basquiña. Regularmente pasan la prima noche tocando instrumentos músicos. Son obsequiosas, afables y no ridículas. Cerca de los balcones reciben sus visitas y allí tienen sus estrados.³⁸

Mismo viajero que no escondió su sorpresa cuando, andando por una de los callejones de Veracruz y oyendo música de arpa en una de las accesorias,

³⁶ BLAZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1992, p. 51.

³⁷ Juan Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano 1820-1830*, UNAM, México, 1987, p. 77, cit. por JUÁREZ MARTÍNEZ, 1995, p. 38.

³⁸ POBLETT MIRANDA, 1992, t. II, p. 207.

vio a través de un ventanal, en medio de una sala “[...] un gran concurso de madamas y caballeros, todos negros atezados y una y uno de ellos bailando un zapateado sin moverse de un lugar”. Al preguntarle a un joven qué era eso, oyó como respuesta: “Señor guachinango, eso se llama tango”.³⁹ No fueron pocos los que se sintieron aún más sorprendidos al observar el hábito de fumar de las veracruzanas, relatándolo entre divertidos y escandalizados.⁴⁰

Tales fragmentos serían excelentes temas para iniciar una investigación que privilegiase, por ejemplo, aspectos de la vida cotidiana y la sociabilidad de hombres y mujeres, fuesen de la elite o subalternos, entrecruzando y complementando el cuadro trazado por las investigaciones de naturaleza económica y política; analizando las imágenes creadas al respecto, así como los papeles que les fueron adjudicados en los espacios públicos y privados, como parte de un proyecto social, político y nacional más amplio.

Dentro de tal proyecto, otra posibilidad de investigación puede ser encontrada en las fuentes iconográficas, en tanto documentos no convencionales pero perfectamente válidos como portadores del discurso estético-político de una época. Un recorrido por los monumentos de la ciudad, por ejemplo, podría dar una buena idea de la evolución de tales discursos a través de la imagen plástica femenina y su exaltación pública como icono de los valores socio-culturales o de las virtudes morales y cívicas.

Ya sea como “madonas” en la representación simbólica de la familia a través de la maternidad, o como musas en la representación de las “virtudes” de la humanidad, sería posible iniciar una discusión en torno a la evolución de los valores ciudadanos y la concepción misma de la ciudadanía entre las décadas de 1930 y 1990, a partir de las imágenes escultóricas de inspiración clásica, instaladas en la parte baja del Parque Juárez en Xalapa, o de la concepción plásticamente erotizada de la justicia en la sede del Poder Judicial. Asimismo, en la imagen estilizada de la madre indígena amamantando al hijo bajo las alas de la Patria, alegoría

³⁹ POBLETT MIRANDA, 1992, t. II, p. 209.

⁴⁰ Véase POBLETT MIRANDA, 1992, t. III, pp. 33-83 y pp. 185-204.

de una nación preocupada por la protección y bienestar de sus ciudadanos; o en el logotipo del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), ubicado a la entrada de la sede local, donde es posible percibir el paternalismo del discurso populista posrevolucionario, que presenta el derecho ciudadano a la seguridad y asistencia social como una dádiva. En el mismo sentido, la imagen vigorosa de la mujer en posición de triunfo, que levanta al hijo como trofeo en el monumento a la madre, instalado a principios de la década de 1960 en la avenida Ávila Camacho de Xalapa —con todo y la polémica que provocó en su época—, podría hablar de una actualización de la imagen femenina y de su apropiación política en una época en que el derecho de las mujeres al voto, obtenido recientemente, era una de las más significativas conquistas femeninas en el marco jurídico. Más allá de la superficie de las palabras o de las imágenes, ambos monumentos darían pie a una investigación sobre la imagen y la autoimagen de la sociedad y de la nación en los diferentes momentos de su historia.

Interrogados adecuadamente todos esos documentos revelarían las diferentes formas de “ser mujer”, las concepciones y los discursos generados al respecto a través de los tiempos y en las diferentes localidades y circunstancias. Así buscadas, las estrategias y voces femeninas podrían ser “oídas” en la propia documentación oficial, eclesiástica o secular, sin hablar de la enorme posibilidad ofrecida por la documentación particular como los registros personales y diarios íntimos. Una posibilidad que suele dar muy buenos resultados en la documentación oficial son los archivos notariales, donde testamentos y escrituras, por ejemplo, suelen ser testimonios inestimables de la dimensión social de las prácticas privadas y familiares. Por otro lado, los autos de procesos judiciales movidos por o contra las mujeres, permiten analizar a éstas en situaciones de crisis, al contrario de los archivos de las instituciones educativas y de formación técnica y profesional para señoritas, donde se podrán encontrar las estrategias sociales sancionadas institucionalmente para introducirlas y mantenerlas dentro de la norma. Ése es el caso de la Escuela Industrial o de la Escuela Normal, que si bien no estaban dirigidas exclusivamente para las mujeres, su presencia era social y “normalmente” aceptada.

Xalapa cuenta con una de las pocas bibliotecas históricas abiertas al público en el país, la Biblioteca Histórica Maestro Librado Basilio, en la Escuela Preparatoria.⁴¹ A través de su colección de almanaques del siglo XIX sería posible una reconstrucción de las ideas imperantes sobre las mujeres, las prácticas de éstas y los diferentes aspectos de la vida social y cotidiana de aquel periodo. Sus páginas, y en especial las del *Almanaque de las señoritas mexicanas* o de la *Revista Científica Literaria*, están repletas de formulas por medio de las cuales se transmitían los discursos acerca de los papeles adjudicados socialmente al “bello sexo”. Las “estampas” que ilustran sus páginas darían un excelente material iconográfico para una investigación de tal naturaleza. Ese material adquiere más significado cuando se sabe que el acervo original de la biblioteca se integró con donaciones particulares, lo cual indica que tal literatura circulaba entre las familias alfabetizadas xalapeñas. Una revisión más detallada revelaría, sin lugar a dudas, agradables sorpresas en el sentido que aquí se propone.

Para terminar, también sobre las mujeres, sólo restaría añadir que, desde una perspectiva histórica, la famosa sentencia bíblica según la cual “Dios creó a la mujer...”, conduce a una realidad más bien terrena en la que los hombres crean los dioses a su imagen y semejanza y recrean a las mujeres en la misma proporción del tamaño de sus miedos. “Las divinidades no bajan de los cielos, ascienden a ellos desde la tierra para, supuestamente, proyectar desde ahí sus poderes imaginados”.⁴² De allí que el imaginario desarrollado a ese respecto se haya convertido en un campo fértil para las investigaciones de las relaciones de género y de las mujeres, que producidas y reproducidas por sociedades eminentemente masculinas han dominado por entero las mentalidades.

Apoyado en su formación psicoanalítica, y confirmando la tendencia interdisciplinaria de la nueva historia, el historiador norteamericano Peter Gay afirma: “En el curso de la historia, el miedo a la mujer tomó muchas

⁴¹ Agradecemos a la maestra María del Carmen Ceballos el habernos facilitado el acceso a ese material que está siendo sometido por ella a un proceso de selección, descripción y análisis.

⁴² BAEZ-JORGE, 2000, p. 32.

formas. Fue reprimido, disfrazado, sublimado o exhibido, pero de un modo o de otro, parece tan antiguo como la misma civilización".⁴³

Represión, sublimación o exhibición que casi siempre se ha manifestado como omnipotencia, misma que encontró un elocuente ejemplo en la tipología de C. de Varigny, quien en 1889 elaboró una tipología de las imágenes femeninas, clasificándolas y "homogeneizándolas" de acuerdo con su nacionalidad:

[...] cada raza desarrolló su concepción particular de mujer. Para los franceses representaría el ideal, para los españoles "Nuestra Señora", para los italianos "una flor", y para los turcos "un utensilio de felicidad".⁴⁴

Era su forma particular de retratar el supuesto tratamiento que cada pueblo daba a las mujeres, y que suponía reservar solamente a las orientales el papel de objeto, aunque tal mentalidad también tenía su equivalente en México donde se escribía:

Nacida la mujer para labrar la felicidad del hombre, éste sin embargo ha salido su tirano, y en vez de mirarla como compañera, la ha tratado como esclava [...] El Oriente, cuna del género humano y de la sociedad dio el ejemplo de la opresión del sexo débil, y tales raíces han echado allí tan fatal sistema, que aún permanece inalterable al cabo de tantos siglos [...].⁴⁵

Como se puede ver en este rápido muestreo, a los argumentos sobre la inexistencia de fuentes con que se suele justificar el silencio historiográfico sobre las mujeres y las relaciones de género, es posible responder con

⁴³ GAY, 1988, p. 150.

⁴⁴ GAY, 1988, p. 138.

⁴⁵ *Calendario de las señoritas*, 1867, p. 33. Un ejemplo más bien próximo y conocido de los veracruzanos es Agustín Lara, probablemente el más famoso e internacional de los compositores mexicanos, y uno de los que más contribuyó para forjar los iconos en los que se asienta el actual imaginario masculino sobre las mujeres. Supuestamente inspirado por su amor y admiración, él también legó al mundo su "receta" personal a la que "condimentó" con una dosis de omnipotencia. Lara rindió culto a las mujeres como objetos de placer, para el servicio y deleite de los hombres. Para él: "La mujer que al amor no se asoma no merece llamarse mujer [...]. La mujer debe ser soñadora, coqueta y ardiente, debe darse al amor con frenético ardor, para ser: una mujer". Solo él y sus canciones son un buen ejemplo de lo que se ha dicho, y podrían ser motivo de un excelente estudio de caso desde las perspectivas históricas que hemos discutido.

su existencia, aunque para identificarlas sea necesario una revisión del propio concepto de fuente, que en sí misma sería tema suficiente para otra discusión. En tal sentido Xalapa, capital del estado de Veracruz y sede de la principal institución pública de educación superior —la Universidad Veracruzana—, es privilegiada pues está bien provista de monumentos, archivos, bibliotecas, museos y acervos públicos y particulares, que podrían dar soporte a investigaciones de esa naturaleza.

REFLEXIONES FINALES

Es necesario tener presente que en la lectura e investigación de la documentación, cualquiera que sea su naturaleza u origen, siempre será necesario estar atentos a una serie de factores, que si son manejados sin la debida prudencia pueden representar armadillas y producir imágenes deformadas del pasado y de la reconstrucción histórica. Es necesario tener en cuenta que los documentos no son neutros y por muy oficiales que sean, o por eso mismo, especialmente en relación con las mujeres y las relaciones de género, siempre van a transmitir las prácticas, las prédicas y los discursos construidos sobre y para ellas, motivo por los que debemos hacer de las relaciones —y no necesariamente de los sujetos— el interlocutor preferencial y más elocuente como objeto histórico a ser investigado.

Por ejemplo, en relación con el ámbito de lo privado, al que supuestamente se restringían los espacios femeninos, es importante recordar que éste no era igual para todos si se consideran factores como clase social o etnia, asociados íntimamente con los económicos. La intimidad de las mujeres criollas y pudientes, tan celosamente preservada por las familias, no tenía el mismo sentido para las pobres, indígenas o negras. Son frecuentes los relatos de los viajeros que, al mismo tiempo que notaron en las calles de Xalapa o Veracruz la ausencia de mujeres criollas, generalmente recluidas en los interiores de sus casas, se referían a las habitaciones donde eran hospedados en los caminos y donde a menudo familias enteras compartían su habitación con ellos *en amistosa promiscuidad*. Hubo uno que no escondió su curiosidad por saber cómo se las arreglarían las hijas del

dueño para desvestirse debajo de las frazadas, en que la única protección a la intimidad era la oscuridad.⁴⁶

Otro de los aspectos siempre presentes en las investigaciones históricas, en la óptica cultural, y a la hora de optar por los recortes temáticos, espaciales y cronológicos, son las especificidades de cada lugar, derivadas de factores como el tiempo o periodo, la localización geográfica y estratégica, las condiciones climáticas, la composición étnico-cultural, las situaciones y coyunturas económicas y políticas, etc., que ciertamente influyen en las relaciones de todo tipo de comportamientos y formas de sociabilidad, por lo que siempre será más prudente restringir los trabajos al análisis de periodos cortos, sociedades y lugares específicos y previamente establecidos.

Espacial y cronológicamente, la apertura para espacios y temporalidades muy amplios, que incorporen sociedades de centros diversificados, aunque muchas veces próximos, tendrían que considerar todos esos factores, lo que tornaría inviables estudios que, como en el caso de las mujeres, deberán tener siempre presentes toda una serie de articulaciones en la compleja dinámica de las relaciones sociales.

En relación con el tratamiento temporal, lo ideal son los recortes cronológicos cortos, como referenciales estratégicos a partir de los cuales se puedan efectuar los retrocesos y las proyecciones necesarias para proceder a análisis comparativos entre el pasado y el presente, que proporcionen más consistencia a las discusiones sobre los fenómenos socioculturales abordados que, como sabemos, no se dan en fechas fijas ni marcadas en el calendario.

En el aspecto espacial, bajo una óptica cultural, y a título de ejemplo, discutir cualquier tema sobre las relaciones de género o las mujeres tomando simultáneamente como base dos ciudades como Xalapa y Veracruz, en cualquier periodo, aunque bastante próximas geográficamente, sería arriesgado dadas las especificidades que cada ciudad presenta. Para citar sólo los aspectos meteorológicos más conocidos, en el pasado, el clima caliente y malsano de una o templado y húmedo de la otra sin duda incidieron directamente en las prácticas sociales,

⁴⁶ POBLETT MIRANDA, 1992, t. III, p. 23.

condicionando hábitos y costumbres adaptadas o adecuadas a esas condiciones. Al mismo tiempo, esas mismas prácticas sociales ciertamente se encuentran en el trasfondo de la construcción de algunos de los estereotipos más conocidos, como, por ejemplo, los que retratan a la gente según su origen, dividida entre la costa y la sierra, de tierra caliente y de tierra fría, y que refieren, por un lado, al carácter alegre de los costeños y jarochos, reconocidos comúnmente como irreverentes y extrovertidos, en oposición al carácter de los serranos y xalapeños, supuestamente circunspectos y “esnobs”. Uno de los caminos para llegar al origen de dichos estereotipos nos lo ofrecen nuevamente los viajeros, en cuyas crónicas y relatos se encuentran algunos pasajes en que los repiten, contribuyendo de manera importante a su cristalización. Sobre Xalapa, uno de ellos describía a su población como constituida “por gentes de diversas clases y mezclas raciales, con gran contingente de españoles que son vanidosos y se diferencian del resto del reino por sus atavíos personales: suntuoso vestuario, y gran estilo, en particular las mujeres [...]”⁴⁷

Eso, sin hablar de las imágenes creadas en razón de sus respectivas posiciones estratégicas y desempeños históricos: la cuatro veces “heroica” ciudad de Veracruz como “puerto de mar” y puerta de entrada al país y “Xalapa de las ferias” o “Atenas Veracruzana” como plaza interior, sede de los poderes estatales y entropuesto mercantil.

De hecho, y más allá (¿o a pesar?) de los *slogans* y discursos contruidos, no se puede negar que factores como los precitados tuvieron su parcela de influencia en el perfil sociocultural de sus habitantes, tanto entre los sectores pobres como entre los privilegiados; en las actividades económicas de sus respectivas elites, así como en las relaciones laborales y de poder desarrolladas e impuestas por ellas. Pero, por otro lado, tampoco se puede reducir la adquisición de esos perfiles a la simple influencia de los factores geográficos o fenómenos climáticos, como los que ya en el siglo XVII hacían repetir a los viajeros: “siempre que hay nortes en Veracruz hay aguas en Xalapa”.

⁴⁷ POBLETT MIRANDA, 1992, t. II, p. 68.

Para quedar apenas en los estereotipos mencionados, y relacionados con aquéllos, factores étnicos y culturales, articulados con los políticos y económicos, intervinieron en los caminos que llevaron a cada una de esas ciudades y sus respectivas sociedades a situarse en los lugares y papeles en que tradicionalmente fueron colocadas dentro de los escenarios históricos nacionales, y que produjeron las imágenes que se construyeron para representarlas.

No habrá sido por azar que Manuel Payno se refiriera a los xalapeños no como “un pueblo despreciable”

[...] sino por el contrario, una ciudad donde no se extraña la civilización y cultura de México, y donde además es posible encontrar corazones que no estén contaminados con los vicios sociales que degradan el alto destino y la angélica misión que tienen las mujeres en el mundo, y es el de hacer felices a los hombres con su amor y con sus virtudes [...] ⁴⁸

Tampoco lo habrá sido que otro viajero atribuyera la buena apariencia, el suntuoso vestuario y los atavíos personales de esa elite al bajo precio de la mano de obra, y al alto costo de las provisiones y del hospedaje que los comerciantes imponían a los que acudían de todas partes del reino a la ciudad, en ocasión de las ferias. ⁴⁹

Desde la perspectiva aquí apuntada, más que la verdad o la falsedad, la corrección o incorrección de tales apreciaciones, la problemática que movería una investigación histórica habría de comenzar por la preposición “cómo” en su sentido “foucaultiano”. ⁵⁰ Cómo fue construida esa Xalapa, cómo se desarrolló esa sociedad mercantil que pasaba ante algunos viajeros como gananciosa; cómo se forjaron tales imágenes descritas o endosadas por ellos y que sin duda están en el origen de algunos de los estereotipos de que ya hablamos. Mas que en la veracidad de la información ofrecida por Payno, habría que reflexionar sobre lo que

⁴⁸ POBLETT MIRANDA, 1992, t. X, p. 38.

⁴⁹ POBLETT MIRANDA, 1992, t. II, pp. 67-68.

⁵⁰ Foucault inicia su conferencia sobre *El sujeto y el poder* definiendo, precisamente, “cómo” no en el sentido descriptivo de cómo se manifiesta, sino en el sentido de cómo se ejerce el poder.

no dijo explícitamente y el motivo de iniciar sus apologéticas palabras con un desmentido.

Para terminar estas breves reflexiones que a toda hora parecen cobrar vida propia e insisten en salirse de control, conduciendo por caminos ajenos y diversos, las palabras de una historiadora brasileña son bastante oportunas para definir la funcionalidad de la historia de las mujeres, cuyo objetivo sería

[...] develar las intrincadas relaciones entre la mujer, la sociedad y el hecho, mostrando cómo, el ser social que ella es se articula con el hecho social que ella misma fabrica y del cual es parte integrante [...]. Una historia total de las mujeres que contemple las grandes evoluciones [...] de los comportamientos, de los sentimientos religiosos o las mentalidades, de las demográficas y de las técnicas [...] Una historia de la cual no estén ausentes los pequeños gestos, las prácticas menudas y repetitivas de la vida cotidiana, las formas furtivas del consentimiento e interiorización de las presiones, simbólicas o concretas, ejercidas contra las mujeres.

En otras palabras, la función mayor de la historia sería la de enfocar a las mujeres “a través de la subordinación, de la negociación, de las tensiones y contradicciones que se establecieron en diferentes épocas, entre ellas y su tiempo, entre ellas y la sociedad de la que formaban parte”. En suma, una historia que las haga “existir, vivir y ser”.⁵¹

BIBLIOGRAFÍA

ARROM, Silvia Marina

1988 *Las mujeres de la ciudad de México, 1790-1857*, Siglo XXI, México.

BÁEZ-JORGE, Félix

1992 *Voces del agua. El simbolismo de las sirenas y las mitologías americanas*, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa.

1999 *La parentela de María. Cultos marianos, sincretismo e identidades nacionales en Latinoamérica*, 2a. ed., col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa.

⁵¹ PRIORE, 1998, p. 235.

- 2000 *Los oficios de las diosas (Dialéctica de la religiosidad popular en los grupos indios de México)*, 2a. ed., col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa
- 2003 *Los disfraces del diablo (Ensayo sobre la reinterpretación de la noción cristiana del mal en Mesoamérica)*, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa.
- BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, Carmen
1992 *Xalapa*, col. Veracruz: imágenes de su historia, núm. 7, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.
- BLOCH, Marc
1965 *Introducción a la historia*, FCE, México.
- BURKE, Peter
2000 *Variiedades de História Cultural*, trad. del inglés por Alda Porto, Civilização Brasileira, Río de Janeiro.
- Calendario de las señoritas*
1867 *Calendario de las señoritas para 1867*, Segura Editor, México.
- CÁRDOSO, Ciro Flamarión y Ronaldo VAINFAS (orgs.)
1997 *Domínios da História. Ensaios de Teoria e Metodologia*, 5a. ed., Campus, Río de Janeiro.
- CHARTIER, Roger
1999 *La historia entre representación y construcción. Conferencia de encerramiento, 23 de octubre*, Atas. Seminário Internacional Dimensões da História Cultural Belo Horizonte, Unicentro Newton Paiva.
- CONWAY, Jill K., Susan C. BOURQUE y Joan W. SCOTT
1998 "El concepto de género", en Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (comps.), *¿Qué son los estudios de mujeres?*, FCE, México, pp. 167-178.
- DÉLUMEAU, Jean
1989 *História do Medo no Ocidente*, Companhia das Letras, São Paulo.
- DEVEREUX, Georges
1990 *Mulher e Mito*, Papirus, Campinas São Paulo.
- DUBY, Georges y Michelle PERROT (orgs.)
1990-1992 *História de las Mulheres en Ocidente*, Taurus, Madrid, 5 vols.
- ESCANDÓN, Carmen
1999 "Historiografía, apuntes para una definición en femenino", *Debate Feminista*, octubre, año 10, vol. 20, pp. 31-157.
- FOUCAULT, Michel
1988 *A Mulher/Os Rapazes da História da Sexualidade*, Paz e Terra, Río de Janeiro.
- FREITAS, Marcos Cezar de (org.)
1998 *Historiografia Brasileira em Perspectiva*, Contexto, São Paulo.

- GALVÁN, Mariano
 1841 *Calendario de las señoritas megicanas para el año de 1841*, Librería del Editor, Méjico.
- GAY, Peter
 1988 *A Educação dos Sentidos*, trad. del inglés por Per Salter, Companhia das Letras, São Paulo.
 1999 *Sobre o Estilo na História*, Companhia das Letras, São Paulo.
- GINZBURG, Carlo
 1989 *Mitos, Emblemas, Sinais. Morfologia e História*, Companhia das Letras, São Paulo.
- GODELIER, Maurice
 1997 "Homem/Mulher", en *Enciclopedia Einaudi*, vol. 20, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, Lisboa, pp. 147-164.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y Félix LUENGO TEXIDOR
 2002-2003 "Modernización, industrialización y sistema de género, México y España", en *La Formación del Mundo Contemporáneo*, Programa de Doctorado, Departamento de Historia, Universidad del País Vasco, España.
- HIGONNET, Anne
 1991 "Mulheres e imagens: aparência, lazer e subsistência", en Georges Duby y Michelle Perrot (orgs.), *História das Mulheres no Ocidente*, Afrontamento, Porto-Portugal, pp. 297-349.
- JIMÉNEZ GASSÓS, Teresita del Carmen
 1999 *José María Coss: ideólogo de la insurgencia mexicana*, Universidad Veracruzana, Xalapa.
- JUÁREZ MARTÍNEZ, Abel
 1995 "Un proyecto humanista de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Xalapa posindependentista", en *Anuario X*, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Xalapa, pp. 29-46.
- JUNG, Carl G.
 2000 *Os Arquétipos e o Inconsciente Coletivo*, trad. del alemán por Maria Luiza Appy y Dora Mariana R. Ferreira da Silva, Vozes, Petrópolis, Río de Janeiro.
- MICHELET, Jules
 1992 *A Feiticeira. 500 Anos de Transformações na Figura da Mulher*, 3a. ed., Nova Fronteira, Río de Janeiro.
 1995 *A Mulher*, trad. del francés por Maria Ermantina Galvão G. Pereira, Martins Fontes, São Paulo.
- MURIEL, Josefina
 1982 *Cultura femenina novohispana*, UNAM, México.

- NAVARRO, Marysa y R. Catherine STIMPSON (comps.)
 1998 *¿Qué son los estudios de mujeres?*, FCE, México.
 1999 *Sexualidad, género y roles sexuales*, FCE, México.
- PAZ, Octavio
 1982 *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, Seix Barral, México/Barcelona.
 1997 *El laberinto de la soledad*, 3a. ed., FCE, México.
- POBLET MIRANDA, Martha (comp.)
 1992 *Cien Viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, 11 ts.
- PRIORE, Mary del
 1995 *Ao Sul do Corpo*, 2a. ed., Jose Olympio, Río de Janeiro.
 1998 "História das Mulheres. As Vozes do Silêncio", en Marcos Cezar de Freitas (org.), *Historiografia Brasileira em Perspectiva*, Contexto, São Paulo.
- Revista Científica Literaria de México*
 1846 *Revista Científica Literaria de México*, Publicada por los Antiguos Redactores del Museo, Imprenta de la Sociedad Literaria, México, t. I, núm. 15.
- RIVERA, Agustín
 1899 *Pensamientos filosóficos sobre la educación de la mujer en México*, Imprenta de Ausencia López, Lagos de Moreno.
- SCOTT, Joan
 1992 "História das Mulheres", en Peter Burke (org.), *A Escrita da História. Novas Perspectivas*, Editora da Universidade Estadual Paulista, São Paulo, pp. 63-96.
 1999 "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, FCE, México, pp. 37-76.
- SOHIET, Rachel
 1997 "História das Mulheres", en Ciro Flamarión Cardoso y Ronaldo Vainfas (orgs.), *Domínios da História. Ensaios de Teoria e Metodologia*, 5a. ed., Campus, Río de Janeiro, pp. 275-296.
- SPINOSO DE MONTANDON, Rosa María
 2000 *Dona Beja: Desfazendo as Teias do Mito* (Dissertação de Mestrado), Programa de Pós-graduação em História da Universidade Federal de Uberlândia, Minas Gerais.
- STIMPSON, Catharine R.
 1998 "¿Qué estoy haciendo cuando hago estudios de mujeres?", en Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (comps.), *¿Qué son los estudios de mujeres?*, FCE, México, pp. 127-166.

VAINFAS, Ronaldo

- 1997 / “História das Mentalidades e História Cultural”, en Ciro Flamarión Cardoso y Ronaldo Vainfas (orgs.), *Dominios da História. Ensaio de Teoria e Metodologia*, 5a. ed., Campus, Río de Janeiro, pp. 127-165.